

Perfiles

Por Conchita y Antonio Gassó Navarro, Carlos Escobar Simarro, David y Claudia Escobar Gassó.

Juan Gassó Bosch, fundador de GAES



Mi nombre es Conchita, soy la segunda de los cuatro hermanos hijos de Juan Gassó Bosch, fundador de GAES. Cuando mi padre falleció yo tenía 48 años, estaba casada y con tres hijos.

Fue una etapa muy dura, ya que teníamos a nuestra madre desde dos años antes en cama con una enfermera las 24 horas del día. Para mi padre fue un golpe muy fuerte verla así, ya que fue su gran apoyo siempre.

Cuando falleció mi padre, no le dijimos nada a mi madre, porque en ese momento estaba muy enferma. Perdió el habla y falleció dos años después; creo que aun así se percató de lo que había pasado. Siempre es muy duro perder a tus padres, tengan la edad que tengan.

Para explicar cómo era mi padre como persona fuera del ámbito laboral, comentaré esos últimos años, en que físicamente tenía ya una cierta edad, pero su cabeza rondaba unos veinte años menos. Con ochenta años seguía esquiando y quería también emprender nuevas inauguraciones de centros

GAES. Fue Turquía el país en el que pensó para esas nuevas y últimas aperturas.

En esos últimos años tenía Parkinson y era muy penoso para él tener que depender de ayuda para llevar a cabo muchas cosas, entre ellas el no poder conducir, aunque debo decir que alguna que otra vez sí lo hizo.

Yo me encargaba en muchísimas ocasiones de irlo a buscar en coche a su casa para ir a GAES o a realizar diferentes gestiones. Para él era muy importante seguir en activo y, aunque a veces teníamos discusiones que le enfadaban ante situaciones difíciles, nunca perdía su sentido del humor, un humor muy inglés que, creo, heredó mi hermano Antonio y también mi hijo mayor Carlos.

Nuestro padre nos enseñó a luchar y trabajar por nuestros objetivos, proyectos e ilusiones y fue un gran ejemplo para nosotros. Nació en una familia muy humilde con su padre ciego, pero trabajó, estudió y aprovechó las oportunidades, como se cuenta en su biografía.

Recuerdo que en una entrevista que le hicieron en La Vanguardia dijo una frase que nos impresionó y nos gustó mucho: *“Tras la aparente confusión de los momentos difíciles, hay en el fondo mucha claridad y fuerza”*. Creo que esa frase es una gran enseñanza para aprender a superar los obstáculos y dificultades que te ponga la vida.

Y esto me recuerda a una frase de Cervantes en Don Quijote que le decía a Sancho Panza: *“El no estar aventurado en las cosas de la vida cualquier nuevo problema te parece imposible. Confía en el tiempo que suele dar dulces salidas a amargas dificultades”*.

Son muchas las cosas que nuestro padre nos aportó y, por eso, he querido que participen en este recuerdo algunos más de nuestra familia.

La vida de mi suegro Joan Gassó Bosch es un ejemplo de equilibrio entre la dedicación profesional y la plenitud familiar. Su carrera, marcada por el esfuerzo, la inteligencia y la constancia, lo llevó a alcanzar grandes logros y el respeto de todos quienes lo rodearon. Pero más allá de los éxitos laborales, su verdadero triunfo ha sido siempre su familia.

Compartimos innumerables momentos que guardo en mi memoria con enorme cariño: las comidas en las que las risas y las historias se mezclaban con el aroma de los platos, las esquíadas en las que demostraba con más de ochenta años su espíritu aventurero y su energía inagotable y las

interminables charlas sobre deporte, especialmente sobre tenis, y también sobre los coches ... y las columnas.

Su entusiasmo por la vida se reflejaba en cada proyecto, en cada conversación, en su forma de disfrutar lo simple y de valorar lo esencial. Y en el centro de todo, siempre estuvo su gran compañera de viaje, mi suegra, Conchita Navarro, con quien formó una pareja admirable, basada en el amor, el respeto y la complicidad.

Juntos construyeron una vida plena, dejando a sus cuatro hijos y a todos los que les rodeamos una huella de cariño, inspiración y gratitud.

Hoy es 22 de enero, la fecha en que falleció mi padre y coincide con el día en que escribo sobre él. Soy Antonio, su cuarto hijo, que cuando falleció tenía cuarenta años, estaba casado y con dos hijos.

Conté casi todas las anécdotas en los dos libros que hicimos sobre él, aunque creo que nunca expliqué en detalle las dos semanas y media que pasamos viajando juntos por Latinoamérica recorriendo más de diez países, uno detrás de otro sin descanso. Fue como un curso acelerado de traspaso de conocimientos, pero, sobre-todo, de valores tales como su humildad, su don para relacionarse con todo el mundo, su persuasión e insistencia cuando deseaba algo, su constancia para lograr sus objetivos, su espíritu de superación siempre presente, primero, en sus estudios, luego en el trabajo, pero también en el deporte (tenis y esquí, principalmente), con la finalidad de aprender más y esforzarse en ser mejor.

En nuestro viaje, cada país que recorrimos fue una lección de vida para mí. En Venezuela me retuvo la policía en la aduana por intentar defenderlo y luego me echó una bronca tremenda. Más tarde, en Perú, amanecí en el lavabo del hotel con un charco de sangre en la cabeza a causa de un desmayo y pobre de él..., tenía que ver su cara. En Brasil recorrí las zonas más peligrosas de noche sin camiseta para confundirme como un local llegando al hotel muy tarde..., eran otros tiempos y otras edades. Compartía las experiencias personales y laborales diarias con el abuelo (él era más de hablar de trabajo, pero en ese viaje dio para mucho más), pudimos conversar más de lo que lo hacíamos habitualmente en casa y siempre aprendía algo nuevo después de debatir juntos. Son recuerdos que perduran y que te reafirman en que con esfuerzo, pasión y constancia se pueden lograr muchas cosas.

Mi nombre es David y cuando falleció mi abuelo yo tenía 13 años. Recuerdo a mi abuelo Juan, que entre montones de papeles siempre encontraba un hueco para nosotros. Su despacho era un caos lleno de vida, de historias y de cariño. Aunque parecía perdido entre documentos, en mi cumpleaños halló el regalo perfecto: un reloj, y mejor aún, su tiempo, su atención y su amor inagotable.

Soy Claudia Escobar Gassó, ahora tengo 24 años, pero cuando falleció mi abuelo yo simplemente tenía siete añitos. A esa edad apenas tienes aún uso de razón y pocas cosas recuerdas de esa época a medida que creces. Sin embargo, sí que tengo grabado algún recuerdo de mi abuelo. Sé que tenía mucha responsabilidad y mucha gente que atender, pero aún así tenía tiempo para nosotros.

Recuerdo que en uno de los cruceros que realizamos con él, yo me había aficionado al rocódromo que tenían y me pasaba el día subiendo la pared. Le pedí que me viniese a ver y, cuando estaba arriba del todo tocando la campanilla, miré hacia abajo, para mi sorpresa estaba allí apoyándome y animándome junto con mi madre. Me encantaría haber podido pasar más tiempo con él. Estoy muy agradecida de todo lo que hizo por nosotros y me encanta oír historias sobre él a través de los que tuvieron la fortuna de convivir horas y años con mi abuelo.

Te quiero mucho abuelo y te echamos mucho de menos.
Claudia